ESCRIBIR ANTES Y DESPUES DE LA MUERTE (Sobre la obra poética de Jaime Sáenz)

POR

MIEMBROS DEL TALLER «HIPOTESIS»

La Paz

«Y de pronto me detuve con sobresalto.
Pues había decidido escribirle una carta a mi madre,
olvidando que ya había muerto.»

Dentro de la literatura boliviana, la poesía es la tradición más constante y la más rica, aunque todavía nos falta un sistema que la explique en su desarrollo y sus cristalizaciones. Sin embargo, la poesía de Jaime Sáenz¹ —la más importante, junto con la obra de Oscar Cerruto, desde el modernismo— marca un hito en la producción poética boliviana. En la actualidad, su obra y su importancia se reconocen plenamente, y existe una tendencia a considerarlo, ya, un clásico de la literatura boliviana, a pesar de que el estudio y la difusión de su obra sean aún limitados².

---

¹ La obra poética de Jaime Sáenz comprende los siguientes libros: *El escarpelo* (1955), *Muerte por el tacto* (1957), *Aniversario de una visión* (1960), *Visitante profundo* (1964), *El frío* (1967), *Al pasar un cometa* (poemas escritos entre 1970 y 1972 y editados en 1982), *Recorrer esta distancia* (1973), *Bruckner* (1978), *Las tinieblas* (1978), *La noche* (1984). *El escarpelo*, *Muerte por el tacto*, *Aniversario de una visión*, *Visitante profundo*, *El frío* y *Recorrer esta distancia* han sido editados en un solo volumen, como *Obra poética* (La Paz: Biblioteca del Sesquicentenario de la República, 1975). Para los otros libros las ediciones son: *Al pasar un cometa* (La Paz: Altiplano, 1982); *Bruckner* y *Las tinieblas* (La Paz: Difusión, 1978); *La noche* (La Paz: Don Bosco, 1984). Nosotros citaremos la *Obra poética* indicando solamente la página; en los otros casos indicaremos también el título del libro.

² Vale la pena citar los siguientes trabajos sobre la poesía de Sáenz: Blanca Wiethüchter, «Estructuras de lo imaginario en la obra poética de Jaime Sáenz», en *Obra poética* (ed. cit.); Luis H. Antezana, «La obra poética de Jaime Sáenz», en *Hombres y Letras*, núm. 1 (1979), y María Luisa de Ruschi Crespo, «El ropaje y la música. Un ensayo sobre Jaime Sáenz», en *Usos de la imaginación* (Buenos Aires, 1984).

La poesía de Sáenz es «difícil», en el sentido de una poesía bajo el signo de lo hermético; pero esta dificultad no es gratuita, sino que nace de un esfuerzo muy grande por hacer del lenguaje un potencial *significante* que rompa y escape de los cauces de un lenguaje común o, si se quiere, simplemente comunicativo. En el lenguaje de Sáenz confluyen temáticas diversas, cuyas relaciones son de una alta complejidad: palabra sagrada y silencio, orden y revelación, yo y tú fantasmales, por ejemplo, están siempre interactuando, como en este fragmento de *Recorrer esta distancia*:

Presiento un lóbrego día, un espacio cerrado, un suceder
 incomprensible, una noche interminable como la inmortalidad.
 Lo que presiento no tiene nada que ver conmigo, ni contigo;
 no es cosa personal, no es cosa particular lo que presiento;
 pero tiene que ver con no sé qué
 —tal vez con el mundo, o con los reinos del mundo, o con los
 misteriosos encantos del mundo;
 se puede mirar a través de las aguas una profunda fisura.
 (p. 247)

Estas preocupaciones temáticas y formales tienen, por supuesto, unos órdenes cuyas evoluciones se pueden seguir a través de los distintos libros del poeta. Algunos estudios, como el de Blanca Wiethüchter, son especialmente iluminadores en el orden de los sistemas imaginarios que rigen la poesía de Sáenz; otros, como los de Luis Antezana, abren las perspectivas del trabajo formal-lingüístico en esta poesía. Una mirada, de forma general y esquemática, a algunos marcos que rigen la poética —la concepción subyacente en torno al lenguaje y la poesía— en su obra, nos puede ayudar a mejor comprender su trabajo.

Ya en *Muerte por el tacto*, primer libro publicado por el autor, es posible ver su principal intención poética: buscar, crear, descubrir, revelar un lenguaje que sea capaz de devolver al hombre a un estado de gracia anterior, en el cual existía un verdadero orden de vida: «los rigurosos alegatos en favor del desquiciamiento, de un anti-orden, para el retorno profundo al verdadero ordenamiento» (p. 97). Ese verdadero orden de vida sólo es alcanzable por medio de la escritura: «Es necesario que escriba una carta para poder ver mejor la luz de las cosas» (p. 96), y paradójicamente, sólo se dará con la desaparición del lenguaje y el acceso a un estado de gracia similar al silencio: «Cuando haya cortado mi hablar y sólo mantenga relación cristalina con las cosas» (p. 103); «no habrá palabras y el silencioso mundo vivirá solamente para ser sentido» (p. 105). En estos versos está resumida la poética que regirá el desarrollo posterior de su poesía: orden profundo y verdadero, escritura como medio de revelación

y, finalmente, la búsqueda de un espacio «silencioso» que contenga el conocimiento verdadero. Por cierto que unas preocupaciones implican en sí a las otras; así, al final del viaje poético se encuentra con un espacio que es —él mismo— orden y conocimiento, poesía y «yo» que habla. El esfuerzo poético radica, entonces, en compatibilizar estos espacios que se presentan separados en una sola experiencia que, como toda experiencia de revelación, resume, en sí, la creación y todos los sentidos del mundo.

Ahora bien, la búsqueda no es más que el impulso por el cual se van encontrando una serie de estadios, desde los cuales se puede vislumbrar y experimentar el sentido de la vida y el mundo. Al contrario de una poesía, por ejemplo, de tipo existencialista, donde la constatación sistemática es la de la condición «caída» del hombre. Sáenz constata una y otra vez que esos momentos privilegiados y de plenitud con el mundo son la parte más esencial de la vida y los que dan sentido a la condición humana. Sáenz escribe en *Recorrer esta distancia*:

En el extraño sitio en que precisamente la perdición y el
encuentro han ocurrido,

la hermosura de la vida es un hecho que no se puede ni se debe
negar.

La hermosura de la vida,
por el milagro de vivir.

La hermosura de la vida,
que se queda,
por el milagro de morir (p. 249).

Aquí tenemos un magnífico ejemplo del pensamiento de Sáenz, que es una de las líneas básicas de su poesía: la sorpresa de estar vivo. Esta constante aparece generalmente como la mirada sorprendida de un recién llegado a este mundo: sorpresa, descubrimiento, gratitud y la profunda necesidad de conocer aquello que se está experimentando como lo real. Esta reacción inmediata, enfrentada a la comprensión de la separación ontológica de nuestro mundo respecto del mundo «Verdadero», crean una de las tensiones más notables en su poesía. Sentimiento de exaltación y sentimiento de destrucción se entremezclan y sólo encuentran solución en la escritura por medio de, por ejemplo, figuras como el oxímoro o la paradoja:

es decir, yo soy yo y tú eres tú, y yo te miro y por eso creo que
tú me miras, y tú no me miras pero crees que lo haces toda vez que
tú me miras,

con la diferencia de que yo no me miro a mí sino que creo
hacerlo por mirarte a ti... (p. 126)

Estas paradojas, estos enrevesamientos del lenguaje, preparan un lugar desde el cual se puede enunciar lo verdadero, un espacio de sentido que puede reconciliar oposiciones aparentes del lenguaje comunicacional. Este espacio se modela en dos situaciones imaginarias, privilegiadas con la verdadera enunciación y el redoblamiento de la «Verdadera» vida: la vida en la niñez y la vida en la muerte.

Si tratamos de situar la voz del «yo» poético de Sáenz, veremos que está situado al inicio o al final de la vida. Sus primeros libros están signados por la imagen de una niñez que se recuerda o se reconstruye como una voz anterior a toda experiencia y que guarda directa relación con otra voz, con un lenguaje que pertenece al mundo del orden verdadero: «Hay un ser» —dice la voz— «que siempre vive en la penumbra, o sea, en el lugar donde moran los insectos. (...) un lugar en el cual se puede encontrar la felicidad momentánea y contingente. Ese lugar está vedado para ti, y solamente es accesible durante los años que transcurren en la niñez. Es como Dios...» (p. 49).

En cambio, los poemas más recientes están determinados por la experiencia de estar hablando desde la muerte o luego de haber vuelto de una experiencia con la muerte, como en el libro *La noche*. Pero el lugar privilegiado no es la muerte, sino el cuerpo muerto, un cuerpo que está accediendo al misterio de la muerte sin haber dejado completamente la vida. Un límite y un lugar privilegiado de revelación, así como lo es la niñez; pero un cuerpo que ha llegado a ese estado, no espontánea o naturalmente, sino por medio de un largo trabajo de «iniciación» [«Y yo digo que uno debería procurar estar muerto» (p. 259)]; una forma de construcción que se realiza en uno mismo, como una total transformación del cuerpo humano, realizada por diferentes experiencias, donde la más notable es la del alcohol:

Nadie podrá acercarse a la noche y acometer la tarea de conocerla,
sin antes haberse sumergido en los horrores del alcohol.
(«La noche», p. 21)

La noche, una revelación no revelada.
Acaso un muerto poderoso y tenaz,
quizá un cuerpo perdido en la propia noche.
En realidad, una hondura, un espacio inimaginable.
(«La noche», p. 62)

El cuerpo enfermo, el cuerpo envejecido, incluso el cuerpo muerto, son imágenes que empiezan a repetirse en los libros de Sáenz desde *Recorrer esta distancia* y que configuran, tal vez con mayor precisión que la imagen

de la niñez, la idea de un espacio —como la escritura— donde, estando muerto y vivo, al mismo tiempo, se tiene acceso a las revelaciones negadas a la vida corriente; desde donde se puede hablar con la palabra sabia y se comprende con absoluta certeza que «vida y muerte son una y misma cosa». Sin embargo, esta poesía no se inclina por la muerte, sino por la vida, pues la exigencia sistemática al poeta es la de morir para aprender a vivir. El conocimiento encontraría así su verdadera función: iluminar las acciones de la vida.

La experiencia poética de Sáenz, la más intensa de la poesía boliviana contemporánea, como dije, abre un espacio de reflexión y de sentido sobre el mundo y la vida. Cercado por la exaltación jubilosa de existir y la comprobación de un mundo degradado, debe buscar respuestas en los márgenes de la vida: la niñez, donde se recupera el modelo de un lenguaje capaz de devolvernos a la armonía con el mundo, y el muerto, donde se unen el saber y la experiencia acumuladas en la vida, y canalizadas por una de sus experiencias personales más radicales: el alcohol.

En un espacio social como el boliviano, donde la clausura es permanente, las respuestas vitales casi requieren ser cifradas, pero quizá por ello su valor es mayor, pues deben romper los límites de lo establecido social o lingüísticamente. Igualmente, el espacio poético es cerrado no por una situación refleja de la evolución social, sino más bien por la evolución lingüística de Bolivia —pluralidad de lenguas y voces—, que todavía no se ha concretizado en una «literatura» o un lenguaje institucional hegemónico. En este aspecto, la obra de Sáenz es doblemente importante, pues su aparente hermetismo no es sino una apertura de lenguaje (y de sentido) para la literatura y la sociedad bolivianas.